

## EL TIO ALFONSO

Parte de nuestra niñez la vivimos en casa de los abuelos y uno de los recuerdos de esos tiempos es que, mensualmente, con mucho protocolo y gran revuelo, se recibía la visita del tío Alfonso acompañado de su madre, doña Inesita, así debíamos llamarlos por indicaciones de la abuela. Él siempre vestía un terno negro, de grandes solapas y doble abotonadura, se advertía más ancho que su cuerpo y lucía brillante de gastado; se percibía de edad avanzada, alto, canoso y enjuto, siempre era él quien hablaba. Bastante mayor y encorvada, su madre se dibujaba menuda desde un vestido también oscuro que escondía tras un enorme chal de lana tejido a mano, sus movimientos eran lentos y dolorosos, quizá por ello permanecía silenciosa, con la mirada perdida y sus manos huesudas entretenidas en enrollar y desenrollar los flecos de su tapado.

El día de lo que parecía un compromiso pactado, la casa se alborotaba desde temprano alrededor del orden y de un aseo profundo. A nosotros tres, los mellizos y yo, nos revisaban el grado de limpieza de la tenida diaria, nos lavaban manos, cara y rodillas y nos peinaban antes de llamarnos para saludar y responder las habituales preguntas del tío Alfonso, esas que siempre venían con la respuesta incorporada; sus gestos y las palabras al hablar me parecieron siempre impositivas. Ni los mellizos, que se potenciaban entre ellos en situaciones difíciles, eran capaces de desviarse de un guion preestablecido.

No recuerdo que mi padre participara de estos episodios ceremoniales, aunque era habitual que llegara temprano del trabajo en otras ocasiones, ahí mamá se encargaba de disculparlo. Después de servirse el té frente a una abundante mesa y exagerada pompa, ante anfitriones simuladamente relajados y convidados claramente inalterables, partían llevándose un sobre que el abuelo entregaba al final de la ceremonia. Como tema de conversación se recurría

siempre a los parientes comunes, quienes eran descalificados insistentemente por el tío Alfonso. Recuerdo aquellas escasas ocasiones en que la señora Inesita le preguntó a mamá por su salud y por los incipientes avances escolares nuestros de esos años y en esos momentos lograba agradarme la anciana. No tengo grabado haber visto una sonrisa en sus rostros u otro gesto de cariño. No entendía tanta formalidad si ellos olían mal, no lucían un aspecto sano y menos eran agradables.

A los años supe que iban por la plata del arriendo, pero eso fue tiempo después. Ya vivíamos en una casa que había logrado arrendar mi padre. Estaba lejos de los abuelos, tenía un pequeño antejardín donde mi madre cuidaba esmeradamente sus flores de estación; atrás, había un pequeño patio donde crecía un limonero entre los cordeles con ropa colgada. Ahí yo tenía mi propio y estrecho dormitorio y los mellizos ocupaban una pieza enorme donde los juguetes de los tres compartían espacio con la tabla de planchar, los libros de papá y los adornos navideños.

Debo haber tenido diez años y los mellizos doce cuando murió la señora Inesita. Mamá nos llevó a darle el pésame al tío Alfonso, aunque el papá no quería que fuéramos, ganó la cuestión familiar. Antes de partir, volvió a aparecer la escena de la limpieza exagerada y la vestimenta ordenada, pero se agregó la instrucción que nos mantuviéramos silenciosos y quietos.

La casa del velorio era igual a sus habitantes, añosa, lúgubre y hedionda, ni el olor que emanaba de las coronas de flores presentes opacaba el olor a encierro, a gato, a polvo. Papá debió saber todo esto porque se quedó en el patio, donde encontró al abuelo; mamá nos repitió las reglas de comportamiento, nos dejó en un rincón del vestíbulo y se dirigió directo a un cuarto contiguo donde estaba la abuela y otras señoras de riguroso luto

repitiendo una letanía de oraciones en un constante y tímido murmullo. La sala donde se encontraba la señora Inesita era enorme y alta, llena de sillas pegadas a las paredes que ocupaban otras personas mayores luciendo oscuros trajes y en silencio, uno que otro pañuelo blanco se encondía entre cansadas manos femeninas. El reluciente féretro estaba custodiado por cuatro grandes velones y protegido por la presencia del tío Alfonso con la cabeza gacha hincado sobre un reclinatorio. Las ventanas, que parecían nunca haber sido abiertas, estaban cubiertas por largas y tupidas cortinas negras; las marcas de cuadros ausentes temporalmente de las paredes y las luces apagadas hacían que pareciera la decoración de una escena de abandono más que una de sentida y dolorosa partida.

Mi asiento se había convertido en un distractivo mirador. Hacia afuera el abuelo inquieto se pasaba insistentemente un pañuelo por los ojos, mientras mi padre le golpeaba el hombro. En la pieza de las oraciones, unas aburridas jovencitas que se parecían, se codeaban con la mirada dirigida hacia las rezadoras y sus plañideras frases. De mamá y la abuela no podía captar nada, ocupaban una segunda fila detrás de la puerta, eran los mellizos quienes podían verlas. La visión que tenía del tío Alfonso era impactante, permanecía solitario, estático llorando en silencio, con sus manos enfrentadas unidas fuertemente, su figura ahora hincada había empequeñecido, se veía frágil e indefenso, abandonado en la penumbra del recinto. Lo sentí desprotegido y por primera vez quise acercarme, me olvidé de su intimidante presencia y de su olor. Estuve un rato a su lado sin hablarle ni tocarlo, hasta que un giro de su cabeza y un fuerte sollozo me asustó y volví rápidamente a mi asiento.

A raíz de este acontecimiento, la preocupación del abuelo se debía a que los herederos podían dejarlos sin casa, aunque papá lo tranquilizaba inútilmente. Eran hermanos de padre con el tío Alfonso y no se sentía con derechos, al margen que los afectos de la señora Inesita

hacia él se mantuvieron siempre en el límite del rechazo y en el tiempo, la relación con ellos se había limitado al pago de un exiguo arriendo por una de las propiedades heredadas.

Fue papá quien insistió que debíamos acompañarlos a la casa del desdichado huérfano; el mismo anfitrión había solicitado nuestra presencia. El abuelo ya se veía con una orden de desalojo en la mano. Tío Alfonso nos abrió la puerta y nos hizo pasar; el olor interior había desaparecido con la oscuridad, las piezas se veían más grandes con la luz que entraba. No hubo tanta formalidad, en un momento de la conversación, se paró y nos llevó a otra habitación explicando que tocaría temas de adultos. Abrió una ajada caja que contenía piezas metálicas, pernos y tuercas de un viejo mecano, indicó unas revistas con dibujos de aventuras que estaban sobre una mesa y se fue.

La reunión fue el primer paso de un cambio total que se produjo en la familia. Tío Alfonso ha ido a nuestra casa y se ha marchado sin sobre. Una vez se llevó un chaleco azul que le tejó mamá. Con los abuelos se reúne a menudo y la casa donde viven está a nombre del abuelo. A mí me confidenció que todo ello se debía a que lo había acompañado en el peor momento de su vida.

===0===